



Rupturas políticas que marcan

* Por Bulmaro Pacheco

Desde que integró su gabinete en 1920, el presidente Álvaro Obregón pensó en su sucesión. Prohibida la reelección inmediata como consecuencia de la legislación revolucionaria, tenía que decidir entre dos personajes de su tierra que ocupaban cargos clave en la administración federal: Plutarco Elías Calles, en Gobernación, y Adolfo de la Huerta, en Hacienda.

De la Huerta, confiado en que —como diputado local— había salvado a Obregón de una elección sumamente controvertida en Huatabampo en 1911, pensó que él podría ser el elegido para suceder al Manco de Celaya durante el cuatrienio 1924-1928.

La decisión final recayó en Plutarco Elías Calles y De la Huerta rompió con Obregón. Renunció al cargo y encabezó una de las últimas rebeliones militares más importantes del siglo XX.

No sabemos a ciencia cierta quién podría haber sido el favorito de Calles para sucederlo en 1928. Lo que sí sabemos es que varios legisladores federales de filiación callista se opusieron a las reformas constitucionales impulsadas por el bloque obregonista en el Congreso federal para abrir las puertas a la reelección del caudillo sonorense en 1928. No hay testimonios, pero todo hace pensar que Calles no estuvo de acuerdo con la reelección porque, apenas quince años antes, la no reelección había sido la bandera revolucionaria enarbolada por Francisco I. Madero para enfrentar a la dictadura de Porfirio Díaz, quien llevaba 31 años en el poder.

Obregón, ya electo presidente, fue asesinado, y ese hecho violento puso en crisis al sistema político mexicano.



En su famoso discurso, donde Calles mencionó la necesidad de abrirle la puerta a un país de instituciones y no de caudillos, se revelaba el verdadero espíritu de la decisión de inaugurar

el primer sexenio gubernamental mediante elecciones y con partidos políticos establecidos. Al presidente Lázaro Cárdenas le disgustaron las constantes

declaraciones del expresidente Calles en las que criticaba a su gobierno. Cárdenas reaccionó destituyendo a un gran número de callistas de su gabinete y promoviendo la desaparición de poderes en estados gobernados por personajes de filiación callista.

La crisis llegó a su máxima expresión en 1936, cuando Calles fue obligado a abandonar el país para refugiarse, en calidad de exiliado, en San Diego, California, donde permaneció durante el resto del sexenio cardenista. Nunca volvieron a tener contacto, ni siquiera cuando el presidente Ávila Camacho los convocó en 1942 para apoyar la política de unidad nacional en torno al presidente durante la Segunda Guerra Mundial.

Entre 1940 y 1964 no se dieron encontronazos entre los presidentes entrante y saliente de México.

Las rupturas volvieron cuando Gustavo Díaz Ordaz empezó a manifestar que se había equivocado al seleccionar a su secretario de Gobernación, Luis Echeverría, como candidato presidencial. Echeverría inauguró la expresión «emisarios del pasado» para responder a las críticas y también depuró de elementos diazordacistas a su gabinete.

José López Portillo, como presidente, mandó cortar la red presidencial que el expresidente Echeverría conservaba en el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, y el dirigente partidista Gustavo Carvajal empezó